

la misa mayor, la procesión, las carreras, el baile, las gentes, José y Andrea unidos de la mano, don Teodosio haciendo las paces con don Alpero, éste prometiendo recetar cosas de botica antigua, aquél prometiendo traer medicinas modernas. Doña Magdalena caminando trabajosamente por las sendas de la avaricia y presagiando camelos a todos los que iban a consultarla por ocho reales. El alcalde presidiendo feliz todo el jolgorio moceril, su señora, señorial y simpática, en unión de doña Eduvigis, aquella dama «cuyo marido don Cleofás fué senador del Reino en tiempos de Alfonso XIII», recibiendo homenajes caballerescos de toda la rancia madurez de Rubiercos. El viejo Garciangülez contemplándolo todo con sus ojos antiguos y sabios, como queriendo sacar a las cosas sus dolores más íntimos y sus más intensas alegrías.

Aquel día fué un torbellino maravilloso para mí y para la vida tranquila del pueblo. Toda la contención habida durante el año, toda la terrible dureza de la vida marinera, todo el fragor doméstico de las mujeres, en ese día único se disuelve como la niebla al calor del sol oro y rojo del verano. Ese día es la válvula de escape por la que circulan todos los deseos comprimidos, todas las esperanzas retenidas, todos los modestos y nostálgicos sueños de aquellos hombres primitivos, sencillos y nobles, que no conocen del mar más que las durezas y del cielo más que los rigores, porque apenas su dura piel, ya habituada, les permite gozar de aquellos flujos de colores, de sensaciones, de rayos luminosos que en los días de oro se derraman a raudales sobre la tierra y el mar azul de Rubiercos.

Siempre te recordaré, pueblo amado y apenas entrevisto entre las gasas de unos días otoñales. Tus hombres y tus paisajes han entrado dentro de mi corazón y han dejado en él esa huella agridulce, penetrante y melancólica que deja el mar cuando se retira a sus senos profundos para olvidar la frustrada ansia de acariciar tu raíz, pueblo inolvidable. Si los años pasan sobre nosotros y nos dejan en la sangre las quejumbres dulces y las alegrías irónicas de la vida, ten por seguro, Rubiercos, que aquellas fracciones de años en que viví respirando la marina salobre de tus aguas valen tanto como años de convivencia contigo, porque se han enquistado dentro de mí, como la savia del árbol injertado penetra en la hondura cansada del árbol matriz.

Adiós, Rubiercos; que otros viajeros pasen sobre ti y te den un poco de su corazón, como yo te he dado del mío...

ENCRUJADA

DANIEL Darven está sentado frente a una mesa pequeña en su departamento de Lille-sur-On. Su rostro permanece en la penumbra. Es una cara joven. Veintiocho años. El cabello negro y ligeramente despeinado enmarca un rostro de pómulos altos, barbilla fina y mueca austera en torno de los labios cerrados. Una arruga de preocupación late en la frente larga y estrecha y en las estrías pronunciadas de la boca. Los ojos, pensativos y preocupados, van alineando mentalmente lo que ha de hacer esta noche, mientras sus dedos, largos y ágiles, van ordenando la masa de desordenados papeles que tiene delante. La mancha de luz de la lámpara de mesa cae sobre las manos sensitivas del hombre, dándoles una apariencia vagamente espectral.

Los ojos se han inmovilizado sobre uno de los papeles que tiene en la mano. Habla de transmisiones, consignas, deberes

del camarada... Camarada, camarada..., muchas veces esa palabra. Es la que más utiliza el partido.

Daniel Darven es comunista. Hace mucho tiempo, quizá demasiado tiempo. Desde principios de 1938, cuando él concurría como un alumno más a la Universidad de Clermond. Entonces tenía ideales.

Tener ideales. Una mueca amarga contrae los labios finos. Es muy bonito, muy hermoso tener ideales. Es como nacer una mañana a una vida nueva. Y respirar anhelosamente, de otra manera que ayer. Sí, el día anterior ha sido un día neblinoso, algo lluvioso, que ha dejado escarcha en los rectángulos de los árboles de las calles. Y esta mañana, casualmente, ha asomado el sol tras las nubes plomizas. Y un rayo se ha quebrado sobre la limpia escarcha que rodea el árbol ya desnudo, y la ha hecho brillar un segundo. Un segundo sólo, pero lo suficiente para que sea vista por los ojos extáticos de un muchacho de negro cabello que viste un abrigo negro. Que ha salido a pasear, porque se ahogaba dentro de las cuatro paredes de una buhardilla de la calle Ferou.

Esta buhardilla ha presenciado la noche anterior una reunión de empedernidos idealistas, que quieren transformar el mundo, colocándolo bajo el signo de una nueva democracia. A esta reunión han concurrido catorce personas. Las más significadas para Daniel Darven son Stephen Remy, Karl Kaczinky y, sobre todos, Eva Saint-Marie. Claro que Eva es aparte. Los demás se han ido poco a poco diluyendo en el cielo vacío de la memoria; sólo queda un gesto, una voz, un vago recuerdo...

Stephen Remy es un estudiante polaco que va a la Universidad, trabaja descargando en el muelle alguna que otra vez para ganarse unos francos y siente una absurda pasión por las puestas de sol y una estúpida ternura por los perros vagabundos. Hay un rictus emocionado en la cara de Daniel. Era demasiado nervioso este muchacho. Recuerda sus gafas enormes tras las que brillan unos ojos pequeños y entusiastas, mientras las mejillas cuadradas y los gruesos labios se agitan con soltura, soltando una avalancha de invectivas.

Estos arrebatos son contrarios al carácter de Kaczinky. Se opone siempre a ellos con enérgico ademán. Karl Kaczinky es hijo de un comerciante de pieles usadas que vive en Karemoske Rue. Tiene veintidós años. Usa siempre una gruesa cazadora que se ciñe a su flaco cuerpo como un guante. El cabello cuidadosamente planchado, el cuerpo erguido como el de un co-

racero, los ojos tenaces y la firme mandíbula, revelan una gran disciplina mental. Se le considera como uno de los vanguardistas del grupo. Tiene el andar preciso de un prusiano, su limitación mental consecuente y una apasionada fidelidad al movimiento filocomunista que se infiltra lentamente en las cabezas universitarias. Estudia cuarto año de Medicina y es un frío disector de los cuerpos que van a la sala de experimentación. Todo dató de su primera experiencia.

Un día, el ayudante inspector le llevó al laboratorio. Sobre la gran mesa de operaciones había un cuerpo desnudo con la cara totalmente desfigurada. Había sido encontrado ahogado cerca de Saint-Cloud, en la confluencia con el Sena. Estaba ligeramente hinchado, con unas grandes manchas azules en los muslos y en el pecho, que le daban el aspecto grotesco de un payaso que se hubiese pintado a medias antes de salir a escena. El ayudante le hizo dividir pulcramente el cuerpo, mientras sus ojuelos malignos le miraban operar con una mueca de satisfacción en los labios blancuzcos. Cuando terminó, cogió los trozos, los introdujo en el *basin* y los llevó a *Dissecta Member*. Kaczinky estaba ligeramente pálido, pero su boca estaba cerrada y era firme. El ayudante volvió adonde Karl le esperaba, lo cogió del brazo y se lo llevó con una sonrisa vercosa en los labios pálidos, mientras decía:

—Bien, bien, amiguito. Ha hecho usted una excelente labor. Ni Calcrew, el carnicero, lo habría hecho mejor. Ha dividido usted maravillosamente a su camarada Straclenky.

Hugo Straclenky hacia cinco meses que se había asociado al partido. Tenía veintinueve años y una historia vergonzosa en su vida, pero Kaczinky le apreciaba por la firmeza de sus convicciones y la pureza actual de su vida. Eran buenos amigos. Hacía dos días que había desaparecido sin dejar noticias a nadie. Había sido encontrado sobre el Sena e izado con un bichero a una de las barcas que patrullaban en Saint-Cloud.

Y el ayudante-inspector lo sabía... Kaczinky lo miró a los ojos. Algo en su expresión hizo que la sonrisa desapareciera de los labios del ayudante-inspector. Musitó con voz ahogada:

—Un cuerpo muerto es siempre un cuerpo muerto. Yo no pretendía...

Las palabras se ahogaron en su garganta, mientras hacía un esfuerzo para tragar saliva. La figura pareció empequeñecerse, mientras aleteaban sombras en los ojos atemorizados. Unas pequeñas gotas de sudor flotaron sobre el lívido rostro,

mientras una contorsión disminuía el tamaño de la boca, como queriendo desaparecer.

Kaczinky no dijo una sola palabra. Algo pareció quebrársele dentro. Resistió como un soldado que recibe un impacto en medio del pecho y sigue marchando, vigorizado por la inercia. Luego sus manos asieron por la garganta el cuerpo pequeño del ayudante-inspector, lo levantaron un momento y lo arrojaron al gran cubo de materias excrementicias del laboratorio.

* * *

Al día siguiente el ayudante-inspector no pudo levantarse. Tenía cuarenta y un grados de fiebre y padecía una parálisis intercostal. Deliraba gritando frases incoherentes acerca de un hombre cortado en pedazos y unos ojos que le miraban, que le miraban siempre. Su jefe, el médico mayor, fué a visitarlo. Tenía los ojos cerrados, las manos agarrotadas y la frente completamente sudorosa, con unas manchas violáceas en torno de las sienes y alrededor de los labios, que le daban un aspecto estremecedor.

Lo pulsó, le administró una inyección e hizo una mueca de extrañeza. Nadie conocía el incidente del laboratorio. A medianoche lo llamaron. El enfermo había empeorado. Había salido del sopor causado por la fiebre y se retorció entre las sábanas, mientras un enfermero le limpiaba de cuando en cuando la espuma vercosa que le asomaba a los labios.

Dos días después, el puesto de ayudante-inspector en el Hospital de la Grève de Clermond estaba vacante.

* * *

Kaczinky había confiado a Daniel lo ocurrido. Desde entonces, cada vez que los ojos del amigo se posaban en él, Daniel sentía un ligero estremecimiento. Unos ojos que administraban la muerte. ¡Bah! El ayudante se había puesto enfermo y había muerto... Pero...

* * *

Eva Saint-Marie también concurría a la buhardilla de Daniel Darven. Era hija de Maurice Saint-Marie, uno de los profesores del Liceo. Eva era, como su nombre decía, la mujer. Existen esposas, hermanas, hijas, hasta novias; pero eso de llegar a conocer a la mujer, sólo se sentía en presencia de Eva.

Era de estatura mediana, bien formada, con ojos grandes de color avellana y una sonrisa de ternura o un gesto de iluminada victoria. Los pulsos corrían más aprisa cuando llegaba Eva. Ella siempre venía corriendo por la estrecha escalera, con la falda revoloteándole alrededor de las piernas y los libros apretados debajo del brazo.

Estaba enamorada de Daniel. El también lo estaba. Pensaba que hacían una buena pareja. El amor brotó en ellos tan sencillamente como brotan las flores en el campo, con la predestinada floración de la Naturaleza. Cuando él hablaba, poniéndola en sus brazos, ella le escuchaba ensimismada, adhiriendo no el significado de sus palabras, sino sus palabras mismas, su boca porque se movía, sus ojos porque estaban quietos, sus cejas porque se fruncían, sus manos porque estaban en las suyas... Todo parecía adquirir para ella un significado trascendental cuando se referían a él. Estaba enamorada como si antes de ella no se hubiese enamorado nadie en el mundo y nadie se hubiese de enamorar después.

El la correspondía. Tenía recovecos psicológicos donde a veces quedaba escondida una duda, ese rincón donde se agazapan los temores que hace intranquilos y nerviosos a los hombres. Pero ella era tan pura, ofrecía con tal naturalidad sus labios a las caricias de él, que él sentía fundirse las desesperanzas, los desalientos, la llamada oscura de la tragedia que se estaba incubando en la calle Ferou...

Sabía que la realización de los ideales políticos se compra con sangre. Y que esa sangre sería la de los partidarios, la de los camaradas, la de los amigos, la de él mismo, la de la amada misma...

Cuando embocó 1940 en la Francia azotada, él ya tenía hechos todos los preparativos, establecida conexión con los agentes del partido, para en un momento determinado establecer la línea de batalla contra los dos frentes, el frente espiritual de las viejas doctrinas políticas, el frente material del germano que ha clavado el asta de su bandera en los edificios más altos de París.

Los preparativos no sirvieron de nada. El servicio de contraespionaje sorprendió la red de la calle Ferou. La visita domiciliaria, en plena labor de comunicación, no se hizo esperar. Kaczinky, el militante de andares prusianos y ojos fanáticos, fué arrestado. Remy fué derribado cuanto intentaba escabullirse en dirección a Saint-Doré. Cinco horas después moría en el hospital. Tenía alojada una bala en los intestinos y otra

encima del pulmón derecho, ambas mortales de necesidad.

Aquello fué la desbandada general. Daniel y Eva pudieron salvarse. El intentó conectar con los demás, pero en vano. Ni Demolins, ni Karcely, ni Rostand dieron señales de vida. Y era muy peligroso deambular por las calles de Clermond por aquel entonces. Los soldados enemigos no se paraban en contemplaciones, mientras un sordo rumor de descontento iba creciendo en cada calle, en cada edificio, en cada paso que daban...

Eva se había quedado sola. En las primeras visitas domiciliarias, dos soldados se habían llevado a su padre, acusado de integrar la resistencia. Se fueron a vivir juntos en las afueras, a una casa tristonra y deshabitada. Estaban juntos. Era suficiente para ella. Pero no para él. Aguardaba con enorme impaciencia poder salir sin peligro. Ella quería que esperase, que no se separaran nunca. El tenía una sonrisa triste. Eva suspiraba al recordar a su padre, pero en las noches silenciosas se ahuyentaban los malos recuerdos, porque estaba junto a él y susurraba su nombre. Y la pasión cantaba en su sangre. El también susurraba su nombre y la miraba como nadie la había mirado, como nadie la miraría nunca, y ella se sentía renacer como una flor de primavera que siente por primera vez los rayos del sol.

Octubre trajo grandes sorpresas. Habíase aflojado la vigilancia y poco a poco empezó a vivir otra vez la red clandestina. Pero ya no se disponía de los antiguos elementos, leales y experimentados. Eva, por amor al amado, había entrado a formar parte de la organización del partido. El a veces no aparecía en tres días, y cuando lo hacía venía cansado y decepcionado. Ella lo acogía siempre con su sonrisa valiente, aquella sonrisa tan suya que ya se había esfumado entre las brumas del tiempo.

Los años de guerra pasaron. 1945 vino con su alba blanca y sus perfiles esperanzados. Se había combatido a uno de los enemigos, una de las batallas estaba ganada. Era preciso derribar el otro baluarte. La Administración del Tesoro realizaba a diario investigaciones para averiguar los medios de vida de muchos hombres que vivían demasiado bien y que no tenían justificados sus ingresos. El peligro llamó a la puerta de Eva Saint-Marie y Daniel Darven. Aquellos años, breves como hojas de primavera, habían pasado veloces. Su amor no pasó. Continuaba inalterable, como en la buhardilla de antaño. Pero los policías eran cada vez más perspicaces, sus medios de averiguar redes de espionaje cada vez más poderosos.

Cierta tarde se rompió la red por sus fibras más sólidas. Un coche negro y largo se detuvo frente a la casa. Eva Saint-Marie estaba sola. Dos hombres vestidos de negro la llevaron hasta el coche y partieron. Llevaban también un receptor-emisor, un paquete de papeles y una mueca de satisfacción en la cara. Tenían a la mujer; el hombre sería más difícil de coger, estaba sobre aviso...

* * *

La noche está brumosa. Tras los cristales empañados del coche se perciben confusamente las siluetas de la gente que pasa. El coche va veloz. Uno de los hombres negros lo conduce. El otro va detrás, junto a Eva Saint-Marie. La frente fruncida, los ojos vigilantes, los labios cerrados con dureza. Están bien entrenados los agentes del contraespionaje. Eva va tirada al fondo del coche. Una gota de sangre le pasea por el labio. Los ojos están abiertos, no tienen mirada. Permanecen extáticos, viviendo la época que ya ha pasado. Sin remisión. Ya no hay remisión. Daniel está lejos y ya estará prevenido. Ella irá, se presentará ante un tribunal y no dirá nada. Luego, entre las paredes de una celda, tendrá tiempo de pensar en Daniel.

El coche avanza rápido, con bruscos salpicones al pisar los charcos sobre el asfalto. Detrás deja la Marenval, la casa de Servio Tornbey, el Parque y la Alameda Central. Avanza ahora por el Camino General que conduce a la Delegación Privada.

Los pensamientos caminan por la blanca frente de Eva. Son unos pensamientos fatalistas. Ya no volverá a ver la casa sombría y destartalada donde ha vivido tantas horas entrañables en compañía de Daniel. Los labios se estremecen al recoger las sílabas que componen el nombre del amado. Eva no ha conocido hombre hasta que llegó Daniel, primero y único.

Hay en la intimidad de las mujeres una hora de iluminada fantasía en que ellas, por el solo imperio de su corazón y de su sensibilidad, llegan a concretar en un hombre sus anhelos y sus deseos de algo dulcemente ignorado. Sienten dentro de sí un deseo de derramarse en otro ser, de fundirse con otro espíritu igual al suyo y conciben un ideal dentro de sí mismas, como la madre engendra al hijo dentro de su vientre. La mayoría queda truncada. Como un traje, se pone el ideal sobre cada hombre que conocen y a uno les cae ancho, a otros estrecho, a aquél largo, a éste corto. Pero ellas siguen ensayando sin cesar. El tiempo no pasa en balde. Va devorando lentamente las ilusiones que crecen al borde del corazón, y poco a

poco la cálida hermosura de éste se va marchitando. Nunca llega la sequedad total, porque el corazón de la mujer segrega un precioso líquido que lo refresca e impide su total aridez. Pero la cálida limpidez con que el corazón empezó a crear el ideal se ha perdido. A veces sufre cambios radicales y casi vuelve a coger su afán primero de vivir, cuando el ideal creado se materializa en otro espíritu igual al suyo.

Eva Saint-Marie había tenido suerte. Se había acercado anhelante a la lotería de la vida y había jugado con la locura de una niña, poniendo inconsciente el traje de su ideal sobre el hombre que tenía destinado. Había ganado.

Una sonrisa aflora a la cara de Eva. El hombre negro la observa con un relámpago de asombro en los ojos. Mira recelosamente las calles que van atravesando, como si de cualquiera de ellas fuese a brotar una esperanza para la mujer apionada. Oprime con la mano levemente crispada la culata de la pistola que guarda. El contacto le tranquiliza.

El rostro de Eva ha vuelto a su tonalidad sombría. Aquel sueño de niña se cumplió, como pasa en los cuentos. Pero ahora se había roto. Quizá ya no volvería a ver a Daniel. Quizá ya no estuviese vivo, quizá ya no la miraría nunca con aquella mirada tan suya, no sonreiría como él sabía hacerlo, no andaría ya con aquel paso tan vivo y juvenil que tenía por el mundo. Sería preciso ir por él, estar con él, estrecharlo entre sus brazos...

* * *

Con un leve balanceo, el coche se detiene frente a la Delegación Privada. Un edificio gris, con grandes ventanas ciñendo toda la manzana, como una gigantesca abrazadera. Al bajar, los ojos de Eva lo observan, curiosamente impasibles. Penetran en salones, pasillos, corredores y, finalmente, en su habitación provisoria. En todas partes domina la misma tonalidad, fría, gris, sutilmente impersonal. La habitación es amplia, enorme, con escasos muebles y apariencia de sala de enfermería. Luego va cambiando todo. Como de un gigantesco horno, incombustible a fuerza de ser inagotable, de la inmensa habitación brotan interrogatorios, órdenes, sumarios, preguntas interminables, a las que se contesta cansadamente, pesadamente, cuidando siempre de proteger al amado, porque lo demás ya nada importa... Luego, la sentencia. Sin apelación, sin público, sin esperanza.

* * *

Hay en Francia millares de campos de concentración. Dentro de cada campo de concentración hay millares de personas. ¿Qué importa una más? ¿Qué significa una vida más mordiéndose lentamente entre alambradas? Una vida sin esperanza, sin posibilidades, lejos..., muy lejos del amado, sin noticias del amado. Como si se sintiera un grillete vivo barrenando lentamente todas las arterias, retorciendo impersonalmente cada una de las vísceras del cuerpo cansado. A veces es mejor acabar. Aunque todavía quede una llamita de esperanza, que de cuando en cuando sopla suavemente sobre el rescoldo del corazón, que todavía late por aquel amor tan antiguo, tan callado, tan vivo aún...

Pero la alimentación es tan deficiente... Existe el odio por todas partes, un odio inmortal que no se acaba nunca, que amarga cada minuto que transcurre, que hace que el alimento se dé tarde y mal. Es cosa corriente. Las enfermedades se ceban rápidamente sobre las naturalezas débiles, que además no tienen razón de vivir. La tuberculosis es un sólido amigo de la muerte, que constantemente le proporciona festín.

La enferma empieza por una leve temperatura alta al atardecer y una débil tos que poco a poco se va tornando más obsesiva, más apremiante, más fatigosa... Una tos que al principio es fuerte, vigorosa, porque procede de un organismo que todavía está bastante sano, que está empezando a ser minado por la enfermedad. La tez cobra una palidez terrosa, el apetito se pierde rápidamente, empiezan los vómitos... Los días son cada vez más largos, más monótonos, más terribles... Y todo, en verdad, es sensación, porque la realidad es muy diferente. El invierno se acerca con sus días breves, con sus noches heladas, que no tienen fin. Pero las noches son pacíficas, invisibles, mientras los días tienen luz, luz que alumbra a los hombres, la tierra, la vida, la vida que se ha vuelto odiosa, cuando se ha perdido totalmente el deseo de vivir.

La enfermería es amplia en el campo de concentración; pero los médicos son escasos, y cuando los enfermos van allí, ya no tienen salvación. Ellos conocen la receta. Buena alimentación, aire puro, mucho descanso... En un campo de concentración... ¡Bah!

Cuando se llega a la enfermería, la tos es diferente. Ahora tiene menos fuerza, es mucho más suave..., pero tiene otro matiz, un matiz angustioso, de cansancio interno sin límites. El organismo cada vez tiene menos fuerzas. Y entonces empiezan a desfilar los días. Todos iguales, cada uno se parece al

anterior, es igual al que vendrá. La tos es cada vez menos fuerte, pero dentro de ella se va perfilando algo fatal que se acerca inexorablemente. Hasta que un día se siente una ligera mejoría, un fugaz reavivamiento de toda la sangre. La enferma se anima un poco, siente sus mejillas levemente rosadas, sus ojos están brillantes. Su cuerpo enflaquecido siente deseos de moverse.

Ahora ya no hay duda. Es el fin. A esta pasajera mejoría sigue un decaimiento general más profundo que antes. La enferma es trasladada a una habitación individual. Y allí, ante la mirada impasible de un enfermero, ante la rápida visita del médico, empieza la agonía. La cerrada ventana protege del frío del exterior, mientras unos leves copos de nieve van cayendo blandamente sobre la tierra rojiza. La enferma contempla ávidamente estas últimas manifestaciones de la vida. Estos copos, al parecer, se van espesando; a veces ascienden velozmente, otras adoptan formas anilladas, se mueven rojos, azules, amarillos, forman una pasta gris en medio de una gran nebulosa... El paciente está perdiendo la vista. Sin embargo, todavía oye. Unos leves murmullos en la habitación. Poco a poco se van apagando, al mismo tiempo que su vida se extingue. Va cabeceando suavemente, hasta que los ojos se van quedando fijos, extáticos, imperturbablemente serenos, mirando ya un mundo invisible para los demás...

* * *

Daniel Darven supo todo aquello. Hubo compañeros en el campo de concentración que pudieron saltar las altas alambradas... y Daniel fué informado. Sólo tenía una vida que consagrar al partido. Y así lo hizo. Eficacia, una fría y serena eficacia le distinguía. Una implacable voluntad dominaba todo impulso rebelde de vivir, de descansar, de la voluptuosidad de sentirse aniquilado...

Pero esta noche es diferente. Absurdamente diferente. Hay ciertos principios, nutridos en la sangre, amamantados en la sangre, que ni siquiera el partido puede violar. Esta noche Daniel Darven ha recibido una consigna del partido. Breve, categórica, tajante, impersonal. Ha recibido la comisión de practicar una siega. La siega de una vida. A veces se reciben órdenes, se expiden consignas, se cometen actos que traen como consecuencia la muerte de un hombre, de dos, de muchos quizá. Pero entre la orden y su consecuencia han mediado siempre

otros hombres, se han interpuesto ciertas ideas que, como un tejido epidérmico, envolvían el hecho en la anestesia ideológica de unos principios que era necesario hacer triunfar.

Pero esta noche, no. El hecho está ahí indubitable, sin paliativos, sin bordes suaves. La aniquilación material de un hombre. De un hombre que ha sido traidor al partido, que no ha cumplido la misión encomendada; de un hombre que ha sido amigo, de otro soldado que ha luchado con él en la trinchera espiritual del partido, juntos codo con codo en la misma guerra sin cuartel.

Daniel Darven recoge los papeles de encima de la mesa, los guarda en un cajón, se levanta, revisa su pistola, se la guarda, apaga la luz, se marcha. Va lentamente por las calles, en una tarde de color grisáceo luchando en el crepúsculo. Pasa por una alameda donde aún juegan algunos niños, alegres, vivos, jóvenes, que llevan la vida restallante en los ojos. Daniel acaricia su pistola. El lleva la muerte. ¿Una muerte irremisible?

Se van quedando atrás las calles concurridas. Avanza por los extramuros de la ciudad. Podría haber ido en coche. Habría acabado antes. Pero Daniel Darven no tiene prisa esta noche. Esta noche no tiene prisa por cumplir su misión. Pero si no tiene prisa, tampoco hace pausa. La noche va cayendo, aplastando a los campos con su diaria negrura.

Se detiene frente a un chalet que, blanco y vital, desafía silenciosamente a la noche. Aquel es su destino. Traspone silenciosamente la verja del jardín y se aproxima a las dos ventanas iluminadas. Sus claros cristales permiten ver el interior. Allí está Sacremond. Esa es su misión. La consigna del partido lo decía. Hay que eliminar a Sacremond. Sacremond es casi como él. Alto, imperturbable, frío, sereno, eficaz. Solamente hay una diferencia radical, profunda, aunque externa. Sacremond está casado. Vive en aquel chalet con su mujer, Geraldine, que es joven, hermosa, casi como Eva Saint-Marie. Eva Saint-Marie... ¡Qué de tiempo hace! Sacremond, Eva Saint-Marie, Geraldine, Daniel... ¡Qué mezcolanza de nombres! Parece como si entre todos hubiera un lazo, una unión, algo que todavía es indefinible...

Sacremond está leyendo un libro. Hace un leve gesto de sorpresa, ríe silenciosamente. Se levanta, pasa a la otra habitación, habla a Geraldine, y hace un comentario señalando el libro. Ella ríe, con una risa profunda, sugestiva, musical. El la acompaña, ríe fuertemente. Confiados, tremendamente confiados. Y, además, muy enamorados. Ella agarra del brazo a

Sacremond y vuelven a la habitación donde estaba él. Van a sentarse juntos. En aquel momento, Geraldine lo abraza por detrás, él se vuelve, la abraza también. Las manos de ella acarician el rostro del hombre. Daniel Darven saca la pistola y la amartilla con suavidad. Desde allí puede ver el rostro de la mujer. Sacremond está ligeramente de espaldas. Ella lo mira. Sus ojos están arrobados, extáticos, como si no se perteneciese a sí misma, como si sólo existiesen ella y él en el mundo, con la mirada lejana, luminosa, indefinible, con que Eva Saint-Marie miraba a Daniel Darven.

El viento susurra tibiamente entre los árboles. Daniel contempla su pistola, el cielo frío y puro, los esposos juntos, y se guarda el arma. Se retira lentamente. Sus ojos han vivido muchos años esta noche. Sus pasos, lentos, se llevan la muerte. Daniel Darven no puede matar. Sería como matarse a sí mismo, sería como matar a Eva Saint-Marie.

Una sonrisa, nostalgia, ironía, comprensión, contrae el rostro. La vida discurre perezosa, amable, siniestra, brutal, melancólica—con el gesto omnisciente de un Buda—por los cauces del mundo.

AMANE CER

PETER Donremy sale de la cárcel y avanza por la calle desierta. Son las diez de la noche. Reina sobre la ciudad una ligera niebla, que difumina delicadamente el paisaje.

La silueta de Donremy se destaca nítidamente en la noche. Es vibrante, tensa como un muelle de acero. Camina con pasos precisos y firmes.

Dobla la esquina de la calle y desde allí divisa el puente de Landingen. A lo lejos suenan las sirenas del *Botafogo* y el *Amaury*, los dos buques nocturnos que recalán diariamente en el muelle de Landingen, para aprovisionarse y seguir la travesía hasta Glanlevan.

Una figura de mujer, como surgida de la niebla, aparece junto a Donremy. El hombre hace un gesto. La mujer tiene una voz agradable y ronca. El se sobresalta. La ha reconocido. Palidece. Luego sus ojos se entrecierran, lentos y graves, mien-